

bones, los revolucionarios y los bonapartistas porque representaba la libertad, única garantía posible de los derechos y de la seguridad de todos. De este modo daba á los partidos, y principalmente al suyo, prudentes y útiles lecciones, más prudentes que él mismo se las daba en artículos que aparecían en el *Journal des Débats*, ó en folletos que el rey elogiaba públicamente. Pero nada calmaba la inquietud de los ánimos, ni el miedo que los unos y los otros se inspiraban recíprocamente.

Los dos partidos se habían imaginado que conspiraban el uno contra el otro, y que se hallaban al punto de salir triunfantes de sus complots. Los bonapartistas, es decir, los militares y los revolucionarios, reunidos por un odio común contra los realistas, estaban persuadidos de que habían hecho acudir á París de mil doscientos á mil quinientos chuanes de los más audaces, que con su ayuda trataban de alejar al rey de la corte, bajo pretexto de hacerle emprender un viaje á Compiègne, cambiar inmediatamente el ministerio, abolir la Carta, apoderarse de las personas más notables entre los militares y los hombres de la revolución, probablemente deshacerse de los principales, desterrar á los otros y proclamar después el régimen antiguo.

Por su parte, los realistas, á quienes se imputaban semejantes proyectos, estaban convencidos de que los jóvenes generales residentes en París, contando con el apoyo de algunos miles de oficiales sin empleo, y pudiendo contar con la adhesión del ejército que mandaban, se preparaban á dar un golpe de mano, á apoderarse de la familia real, á estrangularla ó á deportarla, á tratar del mismo modo á la nobleza de Francia, á proclamar á Napoleón I ó Napoleón II, y á inaugurar de nuevo una dominación imperial, arrojándose á su sombra por la segunda vez sobre la Europa, poniéndola á merced del pillaje, á la disposición de una raza de mamelucos que la guerra había creado y á los que no podía satisfacer la paz. Este vasto complot se había formado, según ellos, de acuerdo con Napoleón y con Murat, recientemente reconciliados, y que eran los que sostenían con sus tesoros todas las conspiraciones que se tramaban. Las suposiciones que se hacían respecto de Napoleón no tenían límite, como no lo tenía la idea que se habían formado de su implacable actividad y de su prodigioso ascendiente. Nunca se había presentado más grande á la imaginación de los hombres que al contemplarle retirado en la miserable isla que le servía de asilo, porque al mismo tiempo que el odio procuraba hacer de él un vil aventurero sin genio y sin valor, el miedo que inspiraba le hacía aparecer como un gigante infatigable, á quien no se agotaban nunca los recursos, hallándose por tanto siempre en disposición y en vísperas de trastornar el mundo. Según decían, había llevado sus tesoros á Porto-Ferrajo, y desde allí dirigía el hilo de todas las tramas europeas, sobre todo en Viena, donde en aquel momento se hallaban las potencias reunidas en un congreso universal. Desde allí atizaba el fuego de la discordia, tenía esclavizada á su genio la debilidad de su padre político, é iba á ponerse á la cabeza de los ejércitos austriacos para caer con ellos sobre los Borbones de Francia y de España. Otras veces decían que había salido de la isla para ir á mandar las fuerzas americanas contra los ingleses, los ejér-

citicos turcos contra la Europa, ó los ejércitos napolitanos contra el Austria; porque las contradicciones estaban á la orden del día. En una palabra, se le veía por todas partes, y el miedo que le tenían sus enemigos le indemnizaba de los esfuerzos que hacía su odio para empequeñecerle.

Y ¿qué había de cierto en estos innumerables complots que se achacaban los unos á los otros? Todo y nada: todo, si se tomaban por complots los vanos propósitos de los partidos; nada, si se juzgaban como verdaderos complots, maduramente concertados entre jefes y ejecutores, perfectamente de acuerdo, contando con los medios necesarios y teniendo ya fijado ó hallándose próximos á fijar el día de su ejecución. Respecto de esto no había nada. No se puede negar que si los realistas hubieran podido, hubieran destruído la Carta, y que si hubieran sido tan malos como su lenguaje, se hubieran desembarazado con el mayor gusto de los principales personajes del ejército y de la revolución. Pero contaban con menos medios que sus adversarios, y sobre todo con menos audacia, contentándose con emitir ideas extravagantes que, repetidas á los bonapartistas y á los revolucionarios, los llenaban de espanto. Tampoco puede negarse que si los revolucionarios y los bonapartistas hubiesen podido, se hubieran apoderado de la familia real y de la corte, empleando todos los medios, cualesquiera que fuesen, para lograr verse libres de una y otra; pero también es cierto que si hubieran sabido entenderse, concertarse, conducirse, hubieran podido hacer todo cuanto hubieran deseado, porque la opinión pública estaba á su favor. Sin embargo, comprendiendo lo que querían hacer, se limitaban á decirlo, y, con su intemperancia de lenguaje, se presentaban tan amenazadores como eran impotentes en realidad. Si hubiera sabido apreciarse el verdadero estado de los partidos, se hubiera recobrado una perfecta seguridad; pero, según el uso, se juzgaba de sus proyectos por sus palabras, y en vista del miedo que unos á otros se inspiraban. Así es que mutuamente tomaban precauciones. Frecuentemente, estos militares agitados de que hablamos, pasaban la noche sin acostarse, con las espadas y las pistolas en su cinturón, y convencidos de que irían á sorprenderlos. La policía, por su parte, llena de espanto, alarmaba á las autoridades y éstas comunicaban su alarma á la milicia nacional, á las compañías de la guardia de corps, á todas las fuerzas disponibles, excepto las de la guarnición, de las que desconfiaban; y permanecían en este estado de agitación hasta el nuevo día, haciéndose miedo recíprocamente (1). Hubo una noche, en el mes de noviembre, en la que se cruzaron á centenares las patrullas, sin otro resultado que el de producir un pánico general que destruía toda la confianza y hacía bajar los fondos públicos, con gran perjuicio de la hacienda.

La policía principal, la del gobierno, dirigida por Mr. Beugnot, no tomaba parte en estas ridículas alarmas, sino en muy corta proporción, y procuraba en sus informes tranquilizar al rey, á lo que él se prestaba con el mayor gusto, tanto por su pereza como por su afición

(1) Nada hay más curioso que los informes de la policía, redactados por Mr. Beugnot. En ellos se ve que el mes de noviembre fué un mes de locas alarmas, que ocasionaron el cambio de ministerio del que no tardaremos en hablar. (N. del A.)

á la tranquilidad. Pero el conde de Artois, incapaz de permanecer en reposo, y su policía, también incapaz de conservarse inactiva, afirmaban por el contrario que se vivía sobre un volcán pronto á inflamarse, que la policía era inepta, que hasta hacía traición, y que, á fuerza de ser el monarca ciego, se exponía á ser víctima de un rapto el día menos pensado. El conde iba á visitar al rey, le decía que estaba mal servido, y que se hallaban en vísperas de una catástrofe. El rey le rechazaba, le contestaba que, como siempre, era el juguete de los intrigantes: pero, á pesar de todo, concluía por dejarse impresionar hasta cierto punto á causa de las continuas alarmas, y caía en una especie de duda, de perplexidad.

Sus sobrinos, de los que hacía más caso que de su hermano, se unían al conde de Artois para sostener que los asuntos iban mal, y que era necesario poner remedio. Pero en esto es en lo que consistía la dificultad. No hay duda de que los asuntos iban mal, y de que el único remedio era el que no ven nunca los gobiernos, el de poner freno á sus pasiones y sobre todo á las de sus amigos, tranquilizando de este modo á la gran masa de la nación, ajena á las intrigas de los partidos, y sin más ambición que el bienestar general; pero se guardaban muy bien de obrar de esta manera, y el público achacaba el mal á los que gobernaban, es decir, al ministerio, á quien ordinariamente se echa la culpa de todo lo que sucede en un estado libre ó casi libre. El ministerio, según decían, no formaba un cuerpo homogéneo, y era verdad. Para que lo hubiese sido, hubiera sido necesario componerle constitucionalmente, es decir, hacerle el único consejo de la corona, excluir de él á los príncipes y nombrar un jefe, dos á lo más, fiándose en ellos por completo. Pero estaban muy lejos de haber puesto en práctica este medio, y se censuraba, no al consejo ni á su formación, sino á los ministros individualmente, y en particular al ministro de la Guerra. Según decían, no se cuidaba del ejército, estaba desprestigiado con él, ¡y no sabía ni dominarle ni satisfacerle!... ¡Tal es el premio reservado á los ministros débiles! El general Dupont, tan desgraciado en su breve ministerio como lo había sido en España, hombre de talento, de buenas intenciones, haciendo cuanto podía por sus antiguos camaradas, disimulando sus imprudencias y esforzándose por contentar á los emigrados, no pudo conseguir más que descontentar á los unos y á los otros. No hubiera cometido ni una sola falta, lo que era imposible en su situación, y sin embargo no hubiera logrado satisfacer al ejército al que tenía por precisión que imponer crueles reducciones y hacerle soportar un régimen que le disgustaba en extremo. Por lo demás, en cuanto á faltas, las cometió y muy graves; pero ¿quién le había forzado á cometerlas? Los mismos príncipes que le acusaban, los príncipes al renovar la antigua servidumbre militar de palacio, al prodigar los grados sólo por haber formado parte de la emigración, etc. Así es que se realizaban las consecuencias previstas, inevitables de estas faltas: los príncipes culpaban de ellas al ministro demasiado complaciente, que las había cometido á instancia suya, y decían que sería peligroso dejar el ejército en sus manos. El rey no objetaba nada á esto, porque ignoraba lo que había de cierto en el particular, y se mostraba muy dispuesto

á dar crédito á sus sobrinos que se ocupaban mucho en estos asuntos.

Había una cuestión acerca de la cual escuchaba el rey menos fácilmente las observaciones que le dirigían, desde luego porque estas observaciones partían de su hermano, y después porque tenía suficiente perspicacia para comprender su escaso fundamento. Se le dijo que la policía estaba mal organizada, deplorablemente organizada; que Mr. Beugnot, cuyo talento no podían negar, no entendía nada de ella; que le engañaban los bonapartistas, y que contra su voluntad engañaba al rey é iba á perder la monarquía. Luis XVIII estaba hartado hasta el último grado de estas observaciones, porque en ellas, presentadas á manera de reconvencción, descubría por completo á su hermano, siempre dispuesto á mezclarse en los asuntos de gobierno, y siendo siempre juguete de los intrigantes de todos los regímenes.

El rey leía por lo regular todos los informes de monsieur Beugnot, informes ingeniosos, divertidos, oportunamente lisonjeros, y formando un cuadro chistoso de los personajes contemporáneos. Su buen criterio se los hacía encontrar verdaderos, su malicia hallaba motivos de complacencia, y su amor propio encontraba en ellos satisfacción; pero el conde de Artois se empeñaba en persuadirle de que Mr. Beugnot sólo le daba cuenta de algunos chismes, y de que sólo un hombre podría en Francia, si se atrevían á confiar en él, organizar la policía y salvar al trono. Este hombre..., ¿lo crearán nuestros lectores?... ¡era el regicida Fouché!

El hermano del rey, que sin odiar á las personas no sabía nunca hacerlas justicia por falta de discernimiento y de imparcialidad, llegó á ser de pronto no sólo imparcial, sino hasta indulgente y afectuoso para con monsieur Fouché. Éste, como hemos dicho, estaba ausente de París en el momento en que se llevó á cabo la revolución de 1814, y después su principal deseo era el de volver á desempeñar su papel, interviniendo en todos los asuntos en que le consentían poner la mano. Cuando el conde de Artois tuvo necesidad de ser nombrado lugarteniente general del reino por el senado, encontró al duque de Otranto oficioso, activo, acertado, desprovisto, á pesar de ser regicida, de odio contra los Borbones, y, por el contrario, deseoso de agradecerlos por lo menos tanto como lo estaba de sacar al senado de su apuro. Después de esto, no tardó en profesar la opinión más favorable, y se sintió hacia él una marcada inclinación. Estas disposiciones fueron confirmadas por los informes de los agentes del pabellón Marsán. Entre estos agentes había algunos realistas, pero la mayor parte de estos servidores pertenecían á todos los regímenes y eran de esa clase de hombres que la policía emplea, usa, desecha cuando están gastados, y que, después de ser rechazados, ofrecen sus servicios á quien les da un pedazo de pan; raza abyecta que ningún hombre honrado trata á no ser por obligación, cuando tiene la misión de velar por la seguridad del Estado, y cuyo contacto se complace en abandonar tan pronto como se ve libre de los deberes del gobierno.

Mr. Fouché lejos de huir de esta raza, gustaba apasionadamente de vivir en su seno, estaba casi siempre rodeado de ella, le proporcionaba recursos de su peculio cuando le faltaba el del Estado, y, por este medio,

sabía lo verdadero y lo falso, sin saber nunca distinguir lo uno de lo otro; á las noticias obtenidas de este modo, añadía las que se procuraba directamente, visitando en un mismo día y sin que pareciera extraño, á Mr. Carnot, á Mr. de Lafayette, á Mr. de Blacas, á Mr. de Basano, y viendo además á los ministros extranjeros, cuya puerta se abría ante el talismán de las noticias; se daba, obrando de esta manera, la importancia de un mágico instruido de todo lo que pasaba, disponiendo de todo, poseyendo el secreto, la confianza, la voluntad de todos los partidos, pudiendo contenerlos, desencadenarlos á su antojo, siendo, en una palabra, rey de aquel caos que sólo él podía iluminar y dirigir.

Estos agentes, que la policía oficial rechazaba, y á los que el pabellón Marsán daba oídos, eran los panegiristas asiduos de Mr. Fouché cerca del conde de Artois, y habían logrado inclinar á este príncipe en su favor. Cediendo el hermano del rey, movido por su afición á la intriga, recibió á Mr. Fouché y quedó encantado de la primera conversación que con él tuvo. Mr. Fouché, en vez de ostentar como Carnot el orgullo del regicida, mostró por el contrario la humildad y el arrepentimiento, se presentó lleno de respeto, de sumisión, manifestó un ardiente deseo de reparar los extravíos de su vida sosteniendo y salvando á los Borbones, y después, aprovechándose de su conocimiento acerca de las cosas y de los hombres, alucinó al príncipe y le hizo creer que él era el salvador en cuyas manos era preciso poner el destino de la monarquía, de suerte que el conde de Artois, ídolo del realismo extremado, tocaba el extremo opuesto, es decir, iba hasta la región del regicidio á buscar un intrigante sin principios, para otorgarle la confianza que negaba á los más respetables amigos de la libertad. También concibió la idea de nombrar al duque de Otranto ministro de la Policía de Luis XVIII, y le habló de esto, dándole no sólo esperanzas sino hasta seguridad de que obtendría este cargo. El duque se separó del príncipe con el corazón henchido de alegría y no ocultó á nadie su deseo y su esperanza de no tardar en entrar á formar parte del ministerio. Al hacerle el ofrecimiento, había obrado el conde de Artois con sobrada ligereza, porque no disponía de las carteras y su confianza alejaba en vez de atraer la de Luis XVIII. Incomodado Mr. Fouché al ver que la cartera tantas veces prometida no llegaba á sus manos, hizo circular por París la voz de que le habían ofrecido el ministerio de la Policía, y que se había negado á admitirlo. Monsieur Beugnot refería con la mayor oportunidad estos detalles á Luis XVIII, y Luis XVIII se reía de su hermano, cuando no se enfadaba por las indecorosas relaciones que sostenía.

Los dos ministros que más sufrían los ataques de la corte eran el de la Guerra y el de la Policía: este último, ya lo hemos dicho, no tenía más que el empleo de director general con el título de ministro de Estado. El rey, partidario de la tranquilidad, odiando los cambios, y comprendiendo que le ofrecían remedios más peligrosos que útiles, hablaba con Mr. de Blacas de las mortificaciones de que era objeto, y le encontraba siempre de su parecer, porque Mr. de Blacas tenía buen criterio á pesar de sus pasiones y, por otra parte, se complacía en profesar la opinión de su soberano. Con todo, era demasiado sincero para ocultar al rey la verdad, y para

dejarle ignorar que estaba el público quejoso del ministro de la Guerra y del de la Policía. En vista de esto, se hallaba el rey perplejo, y se hubiera visto en gran agitación, si su carácter se hubiera prestado á ello; pero su pesada forma apaciguaba su alma dominándola, y la inclinaba frecuentemente á la inercia.

El mes de noviembre se pasó en incertidumbres interiores, de las que apenas se pudo apercibir el público, cuando el miércoles 30 del mismo mes, debiendo ir el rey con gran pompa á una representación teatral en el Odeón, difundió la alarma la policía del conde de Artois, y acudió á las Tullerías para dar parte de un complot, cuya ejecución debía verificarse el mismo día. El complot, según ellos, tenía por objeto apoderarse del rey y de la familia real, precipitarlos en el Sena ó conducirlos al extranjero, procediéndose inmediatamente á cambiar el gobierno. Algunos centenares de hombres intrépidos y audaces, originarios del ejército, eran los encargados de poner en práctica este golpe de mano. Estaban de acuerdo con los jefes de los partidos, y todo se hallaba preparado para obtener los resultados esperados de semejante acto, después de ejecutado. La policía oficial no sabía nada de esto, y su ignorancia era una razón poderosa para que dieran entero crédito al plan los realistas ardientes. El mariscal Marmont acababa de encargarse del mando de su compañía de guardias de corps; era tan crédulo como ligero, y además detestaba al general Dupont, porque este ministro ocupaba un puesto que en su juicio le correspondía, y en el que abrigaba una vaga esperanza de reemplazarle. Impulsado por estos móviles, era uno de los que repetían á todas horas que el ejército carecía de dirección, y que se le dejaba á merced de los conspiradores. Desperado en la misma mañana del 30 por uno de los agentes ociosos que turbaban ordinariamente el sueño de la corte, é iniciado del pretendido complot que debía estallar aquella noche, corrió desalentado cerca del rey, y ostentó en su presencia las muestras de su celo sin conseguir alterar ni despertar su gratitud, porque Luis XVIII apenas creía en el peligro que le anunciaban. El mariscal mandó á sus guardias botar sillas, y avisó al general Maisón, comandante de la primera división y al general Dessoles, jefe de la milicia nacional, los que se apresuraron á poner á sus soldados en movimiento; pero se guardó de decir una sola palabra al ministro de la Guerra, que hubiera debido ser el primero á quien se hubiera informado del suceso que se esperaba. Los principales personajes de la corte se pusieron sus uniformes militares, se procuraron toda clase de armas y llegaron al Odeón armados de pies á cabeza. Las calles estaban llenas de tropas, los palcos de teatro de uniformes, y parecía asistirse más bien que á un espectáculo escénico á una revista militar. En medio de esta multitud de uniformes, un solo hombre, el ministro de la Guerra, se presentó con su frac negro, demostrando hallarse tranquilo, y con un aire de ignorancia, de indiferencia y de inocencia, que puso en conmoción á todos los celosos y los asustados, á todos los que habían tomado tan grandes precauciones.

El rey fué aclamado como siempre, y volvió á palacio sin haber sido objeto de ningún ataque, de ninguna ofensa. Al día siguiente, los curiosos, que andaban á caza de noticias, se rieron á carcajadas de aquella ex-

traordinaria alarma; pero los que pretendían haber salvado al rey, á cuyo frente se hallaba el mariscal Marmont, se indignaron de la incuria del ministro de la Guerra y del director de la policía. Esto produjo entre los cortesanos una excitación inusitada, y como después de un período de efervescencia es preciso un cambio cualquiera que consuele á las almas, pidieron al rey una modificación ministerial por lo menos. Sus sobrinos le pidieron á toda costa otro ministro de la Guerra, y su hermano otro director de policía, y el rey, fatigado y acabando por persuadirse de que había corrido un grave peligro, cedió y consintió en los dos cambios deseados.

Para la dirección de policía no quiso oír hablar del duque de Otranto, y dejando este ramo de la administración limitada á una dirección general, la confió á Mr. de André, antiguo constituyente, funcionario instruido, laborioso, prudente, corresponsal de los Borbones durante su permanencia en Inglaterra, y por todos motivos, de la más satisfactoria seguridad para los miembros de la emigración. Pero al dar á su hermano la satisfacción de separar de su destino á Mr. Beugnot, Luis XVIII no creyó por esto deber sacrificar á tan buen servidor, se propuso por el contrario elevarle, y le confió el ministerio de Marina, vacante por fallecimiento de Mr. Malouet, hombre muy distinguido y de sensible pérdida. Mr. Beugnot fué de este modo doblemente recompensado por sus informes tan ingeniosos como sensatos, viéndose libre de los trabajos de la policía y convirtiéndose en ministro con cartera.

Faltaba la elección de un ministro de la Guerra. El ejército presentaba como candidatos á dos hombres que reunían en grado eminente las raras cualidades necesarias para ponerse al frente de los asuntos militares; tales eran el mariscal Davout y el mariscal Suchet. El mariscal Davout, blanco de todas las iras de los extranjeros y de la emigración, estaba proscrito, y su nombramiento era imposible. Nada más natural que no pensar en él. El mariscal Suchet, inclinado por la naturaleza de su carácter al régimen prudentemente liberal, del que los Borbones podían ser fundadores en Francia, y viéndose además muy acariciado por ellos, había sido designado más de una vez como á propósito para desempeñar el ministerio de la Guerra, y figuraba asimismo sin saberlo en todas las combinaciones ministeriales que el duque de Otranto había propuesto al conde de Artois. Pero siendo, como era, extremadamente reservado, nunca había dado suficientes testimonios de adhesión para adquirirse la benevolencia de la corte. En cambio, un hombre del que jamás se hubiese creído, el mariscal Soult, se había conquistado todas las simpatías. Era en aquellos momentos el ídolo del partido realista, como Mr. Fouché lo era de la camarilla del hermano del rey. He aquí como llegó, casi de repente, á este alto grado de favor.

Maltratado al principio por haber empeñado en plena paz la batalla de Tolosa, y maltratado injustamente porque estaba ignorante de los sucesos de París al empeñarla, comenzó por representar en la capital el papel de un descontento, y de un descontento temerario: tan fuera de razón estaban las palabras que profería. El general Dupont, hombre excelente, procurando adquirir prosélitos á los Borbones, había recibido y escuchado al mariscal Soult, le había hecho concebir esperanzas y con

las esperanzas había logrado calmarle. El ministro, continuando su obra, no tardó en confiar al mariscal Soult una comandancia general, á fin de ligarle definitivamente con los Borbones, y escogió para él la Alsacia al principio, y después, meditando más su determinación, le confió la de la Bretaña, donde podía ponerse á prueba el celo y la adhesión de un funcionario dudoso. La fidelidad de esta provincia era, en efecto, la más á propósito para conjurar cualquiera especie de peligro, y además, al ponerle en contacto con sus moradores, podía juzgarse si el hombre que allí se enviaba estaba verdaderamente convertido. El cálculo del ministro de la Guerra obtuvo los resultados más satisfactorios. El mariscal Soult, rodeado de los más ardientes realistas, logró alcanzar sus simpatías, y no tardó en aparecer su igual, al menos en sentimientos políticos, porque no dudó en decir que después de veinticinco años la buena causa había sido la de los Borbones, que todos los que habían trabajado en favor de las otras se habían engañado completamente, pero que repararían sus faltas con un celo, con una adhesión sin límites. Y no se había contentado con emplear este lenguaje, fué á visitar el triste campo de batalla de Quiberón, y creyendo descubrir en él huesos humanos inhumados, lo que sucede muchas veces en los campos de batalla, abrió una suscripción para elevar un monumento á los oficiales franceses muertos en aquella fatal jornada. Era sensible y lo sería eternamente la pérdida de aquellos valientes hombres que, empleando tan mal su bravura, habían perecido en la lúgubre ribera de Quiberón: pero no era aquella ocasión la más oportuna para renovar semejante recuerdo, y sobre todo no podía menos de causar extrañeza que fuese el nuevo gobernador de la Bretaña quien se encargase de renovarlo.

La admiración que este comportamiento del mariscal produjo en el ejército, fué tan grande como la satisfacción que causó al partido realista. El mariscal Soult fué considerado como una preciosa conquista, que merecía ser completa. Habiendo sido excluido de tomar asiento en la cámara de los pares con los mariscales Massena y Davout, se encaminó á París con objeto de solicitar su entrada en el alto cuerpo, después de haber abierto la suscripción para elevar el monumento conmemorativo de Quiberón, y aunque fué muy mal recibido por sus antiguos camaradas, halló en la corte una acogida de las más agradables. Cuando vacó la cartera de la Guerra, se encontraba alentado por las esperanzas que le habían conducido á la corte, y hubo hasta una especie de unanimidad en designarle inmediatamente para el puesto vacante, á pesar de las pretensiones del mariscal Marmont, que nadie consideraba como dignas de atención. El mariscal Soult reunía á una rara aplicación al trabajo el carácter de mando, y todas las muestras de una gran firmeza, por lo que parecía un ministro de la Guerra completo. Su elección llenó al público de sorpresa, á la corte de alegría y de esperanza.

Los diversos nombramientos de que hemos hablado fueron comunicados al público por una real orden, fechada el 4 de diciembre; y cosa singular, pero muy natural en aquel tiempo, y que sirve para enseñar cómo se comprendía el sistema constitucional en sus principios, el consejo real no tuvo noticia de estos cambios ministeriales sino algunas horas antes que el público. Mr. de

Blacas informó de ellos en nombre del rey á sus colegas, quienes se admiraron al saberlos, pero sin abrigar temor de que pudiesen alterar la armonía del gabinete. Mr. de Blacas envió la noticia por medio de un correo á Mr. de Talleyrand, que ya había salido de París para asistir á las conferencias del congreso de Viena; personaje principal, que hubiera debido ser el autor de las modificaciones, y que apenas fué confidente de ellas después de realizadas. Luis XVIII, por su parte, odiando todo género de explicaciones con las personas, porque su reposo y su dignidad real sufrían siempre algo, no quiso ni aun hablar con el general Dupont. Después de la escena pasada en el Odeón, evitó recibirle, alegando unas veces hallarse indispuerto, pretextando otras un paseo, y el 3 de diciembre le envió á Mr. de Blacas para pedirle que se desprendiese de la cartera de la Guerra, ofrecerle una pensión de cuarenta mil francos,

y encargarle del mando de una provincia. Mr. de Blacas tuvo gran cuidado en afirmar al general Dupont que no tenía parte alguna en el cambio que le anunciaba, lo que era cierto; pero causó gran sorpresa al general al indicarle el nombre de su sucesor, y llevó su dimisión al monarca.

De este modo terminó aquella crisis: por el reemplazo de un ministro de la Guerra, á quien se atribuían las malas disposiciones del ejército, y por el cambio del director de la policía, á quien creían poco celoso, porque no daba crédito á las conspiraciones imaginarias que inventaban los oficiosos agentes del conde de Artois. Como sucede siempre en semejantes casos, á la agitación debían suceder algunos instantes de calma hasta que se realizase la siniestra profecía de Napoleón: *Los Borbones, dijo, van á pacificar la Francia con la Europa, pero á ponerla en guerra con ella misma.*

LIBRO QUINCUGÉSIMO SEXTO

EL CONGRESO DE VIENA

Situación de Europa después de concluido la paz de París. — Descontento de las provincias belgas y rhinianas anexionadas á países protestantes y maltratadas por los ejércitos extranjeros. — Estado de confusión en el que estaba amenazada de caer Alemania. — Los pueblos esperan en vano la libertad que se les ha prometido, y los pequeños Estados temen verse absorbidos por los grandes. — Conflagración en Suiza, de resultas de la lucha entre los antiguos y los nuevos cantones. — Triste situación de la Italia. — Deplorable gobierno del rey del Piamonte, y rigores empleados en Roma por el gobierno pontifical. — Revocación del Concordato francés casi acordada, pero diferida. — Admiración de Murat al verse todavía en el trono de Nápoles, y disgustos de las potencias por su permanencia en él. — Situación de la España. — Conducta páfida y cruel de Fernando VII. — Abandona el pacto de familia por su deseo de complacer á los ingleses. — Mientras que la Europa se ve atormentada de este modo, los soberanos coligados asisten en Londres á unas brillantes fiestas. — Renuevan la promesa de continuar unidos, pero sin darse explicaciones acerca de los asuntos pendientes. — El congreso de Viena se aplaza para el mes de septiembre. — Disposiciones que á él se llevan. — Sólo dos soberanos, el emperador Alejandro y el rey Federico Guillermo, se presentan en él de acuerdo y estrechamente unidos. — Abriegan la creencia de que la Europa les debe todo lo hecho, y quieren obtener por completo el uno la Polonia y el otro la Sajonia. — La Inglaterra no se apercibe de este proyecto; el Austria lo descubre, pero guarda silencio con la esperanza de destruirlo sin atentar contra la unión europea. — Ventajas que esta situación hubiera ofrecido á la Francia, si se hubiera presentado en Viena libre de compromisos y sin haber firmado el tratado del 30 de mayo. — Amplios poderes concedidos á Mr. de Talleyrand para obrar á su antojo. — El rey no le impone más que una obligación, la de expulsar á Murat del trono de Nápoles. — Partida de Mr. de Talleyrand acompañado del duque de Dalberg. — Su impaciencia por representar un gran papel, y su determinación de fundar su política en Viena sobre el principio de la *legitimidad*. — Solemne entrada de los soberanos aliados en la capital de Austria. — Magnífica y costosa hospitalidad que les ofrece el emperador Francisco en el palacio de Schönbrunn. — Pretensiones de la Prusia y de la Rusia respecto de la Polonia y de la Sajonia, que, no tardando en ser conocidas, son el asunto de todas las conversaciones. — Oposición de los príncipes alemanes á semejantes pretensiones. — Apuros de la Inglaterra y del Austria, inquietas por el sostenimiento de la alianza de Chaumont. — Cuanto más amenazada se ve su unión, más alardes hacen de creer en ella, prometiéndose mantenerla. — Acuerdo secreto del Austria, de la Inglaterra, de la Rusia y de la Prusia, para dirigir los negocios entre ellas y no asociarse á las demás potencias más que por pura fórmula. — Este convenio no tarda en descubrirse y da nuevo pábulo al resentimiento de las potencias de segundo orden, que temen que excluirlas sea un medio de sacrificarlas. — Irritada con esto la legación francesa, no se limita á protestar contra los proyectos de exclusión, sino que inmediatamente se declara á favor de la Sajonia contra las miras de la Rusia y la Prusia. — La Prusia se venga diciendo que la Francia trata de volver á apoderarse de la línea del Rin. — Protestas de desinterés que se ve obligada á hacer la legación francesa, para corregir el efecto producido por su precipitada conducta. — Irritación del emperador Alejandro dirigida particularmente contra Mr. de Talleyrand. — Entrevista de este monarca con el plenipotenciario francés. — Después de algunas semanas perdidas en negociaciones, y en reconvenirse amargamente, se levanta un grito general reclamando la convocación del congreso. — Las *Cuatro*, es decir, el Austria, la Inglaterra, la Rusia y la Prusia, comprenden el peligro de una reunión general inmediata, y proponen un plazo de un mes, lo que retarda la reunión del congreso hasta el 1.º de noviembre, con el pretexto de tener tiempo para meditar las cuestiones. — Mr. de Talleyrand se pone á la cabeza de los opositoristas. — Pide que sin retardo se convoque al congreso á una asamblea general, y quiere aprovecharse de la ocasión para conseguir la admisión del representante de Sajonia y la exclusión del representante de Nápoles, como una manera indirecta de resolver instantáneamente las dos cuestiones más importantes del momento. — Viva resistencia por parte de las *Cuatro*. — Después de algunos días se transige y se aplaza la reunión del congreso para el 1.º de noviembre, prometiéndose reunirse por completo en este día, y se adoptan expresiones que hacen esperar lo que se llama *el respeto del derecho público*. — Después de abandonar los proyectos de exclusión, la legación francesa, en vez de detenerse antes de comprometerse más en la cuestión de la Sajonia, se pronuncia más y más en su favor. — Los rusos y los prusianos, por su parte, manifiestan sus opiniones sobre esta cuestión con gran altanería. — Actividad de los pequeños Estados y sobre todo de la Baviera. — Lazos de ésta con la legación francesa. — Crecientes apuros del Austria y de la Inglaterra. — Lord Castlereagh, temiendo malquistarse con la Prusia, de la que necesita para los fines de su política respecto de los Países Bajos, desea entregarle la Sajonia para salvar á la Polonia. — Mr. de Metternich, que desea por el contrario librar á la Sajonia más bien que á la Polonia, desapruueba esta táctica, y á pesar de esto la deja probar con la esperanza de que no conseguirá ningún resultado, porque Federico Guillermo no se dará por satisfecho si no lo está también el emperador Alejandro. — Lord Castlereagh avanza resueltamente en sus propósitos. — Sus vivas conversaciones con el emperador Alejandro, seguidas de notas tan fuertes como deplorables. — La Baviera, siempre la más activa, no duda en hablar de guerra y dice al Austria que debería tratar de dirigirse á la Francia y aliarse con ella. — Mr. de Metternich, que teme la desunión, responde que la Francia no cuenta ya con ejército. — La Baviera da parte de estas palabras á la legación francesa, para excitar su amor propio. — Mr. de Talleyrand pide á Luis XVIII que disponga armamentos. — Deliberación á propósito de esta petición en el consejo real. — El ministro de Hacienda consiente en dar cincuenta millones para que el ejército francés pueda presentarse de una manera conveniente. — Grande satisfacción de Mr. de Talleyrand, y su presteza en dar publicidad á los armamentos de la Francia. — Entretanto la lucha que se sostiene en Viena es también sumamente animada. — Mr. de Metternich, obligado á secundar la táctica de lord Castlereagh, aconseja á la Prusia por su propio interés que no se apodere de la Sajonia, pero consiente en entregársela bajo ciertas condiciones que la Prusia no puede aceptar. — Exasperado el emperador Alejandro, se muestra resuelto á arriesgarlo todo; entrega la Sajonia, ocupada por él, á las tropas prusianas y concentra todas sus fuerzas en el Vístula. — Irritación que despierta en Viena, y voto general por la celebración de la reunión del congreso el día 1.º de noviembre. — Violento altercado del emperador Alejandro con Mr. de Metternich. — Reunión del congreso en la época anunciada. — Las ocho potencias signatarias del tratado de París, la Francia, la Inglaterra, el Austria, la Rusia, la Prusia, la España, el Portugal y la Suecia, toman la iniciativa de las convocatorias y de las resoluciones. — División del congreso en comités. — Comité para la ratificación de los poderes. — Comité llamado de los *Seis*, compuesto de la Francia, de la España, del Austria, de la Inglaterra, de la Rusia y